

VI

PRINCIPIO DE UN ENIGMA

Hallábase Juan Valjean en una especie de jardín muy vasto y de aspecto singular; uno de esos jardines tristes que parecen hechos para ser mirados en invierno y de noche. Tenía aquel jardín una forma oblonga, con una gran calle de altos álamos en el fondo, unos oquedales bastante elevados en los rincones y un espacio sin sombra en el centro, donde se distinguía un árbol muy grande, aislado, y además algunos árboles frutales, torcidos y erizados como si fueran grandes matas, cuadros de legumbres, un melonar cuyas campanas de vidrio resplandecían á la luna y un pozo viejo. También había acá y acullá algunos bancos de piedra que parecían negros de musgo. Las calles de árboles estaban orladas de pequeños arbustos sombríos y derechos. La yerba invadía la mitad y una vegetación fungosa cubría lo restante.

Tenía á su lado Juan Valjean la construcción cuyo tejado le había servido para bajar, un monton de haces de leña, y detras de este monton, muy arrimada á la pared, una estatua de piedra cuyo rostro mutilado no era ya sino una máscara informe que aparecía vagamente en la oscuridad.

La construcción era una especie de ruina donde se distinguían varias piezas desmanteladas, una de las cuales, enteramente obstruida, parecía servir de cobertizo.

El grande edificio de la calle Droit-Mur que daba vuelta á la calle de Picpus, tenía sobre este jardín dos fachadas en escuadra. Estas fachadas interiores eran aún más trágicas que la exterior. Todas las ventanas tenían verja. Ninguna luz se entreveía. En los pisos superiores había cuébanos, como en las prisiones. Una de estas fachadas proyectaba sobre la otra su sombra, la cual recaía sobre el jardín como un inmenso paño negro.

No se distinguía ninguna otra casa. El fondo del jardín se perdía en la bruma y en la noche. Sin embargo, distinguíanse allí confusamente unas paredes que se entrecortaban, como si más allá hubiera otro jardín, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

No era posible figurarse nada más severo y más solitario que aquel jardín. Nadie había en él entonces, lo que era muy natural, á causa de la hora; pero no parecía tampoco que aquel sitio diese muestras de que alguien anduviese por allí en mitad del día.

El primer cuidado que tuvo Juan Valjean fué el de buscar sus zapatos y calzarse de nuevo, en seguida se entró en aquel cobertizo con Coseta. El que se evade no se cree nunca bastante escondido. Por lo que hace á la niña, pensando siempre en la Thénardier, participaba también de su instinto de agazaparse todo lo más que fuese posible.

Coseta temblaba y se estrechaba contra él. Oíase desde allí el ruido tumultuoso de la patrulla que estaba registrando el callejón sin salida y la calle, los culatazos de los fusiles contra las piedras, á Javert llamando á los espías que él había puesto de centinelas, y lanzando imprecaciones mezcladas con palabras que no se distinguían.

Al cabo de un cuarto de hora, pareció ya que aquella especie de gruñidos borrascosos comenzaban á alejarse.

Juan Valjean no respiraba.

Había él puesto suavemente su mano en la boca de Coseta.

Por lo demás, aquella soledad en que él se hallaba era tan singularmente tranquila, que todo aquel temeroso ruido, tan violento y tan cercano, no producía allí ni siquiera la sombra de la menor perturbación. Parecían construidas aquellas paredes con las piedras sordas de que habla la Escritura.

De repente, en medio de aquella calma profunda, hé aquí que se deja oír un nuevo ruido; un ruido celestial, divino, inefable, tan hermoso, cuanto era el otro horrible. Este era un himno que salía de las tinieblas, un embeleso de oración y de armonía en el oscuro y pavoroso silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces compuestas á la vez del puro acento de las vírgenes y del acento candoroso de los niños, de esas voces que no son terrenales, y que se parecen á las que los recién nacidos no ven aún y á las que los moribundos oyen ya. Aquel canto venía del edificio sombrío que dominaba el jardín. En el instante mismo en que la zambra de los demonios se alejaba, diríase este un coro de ángeles que se acercaba en la sombra.

Coseta y Juan Valjean cayeron súbitamente de rodillas.

No sabían ellos lo que era, no sabían dónde se hallaban, pero ambos sentían, ambos comprendían, el hombre

y la niña, el penitente y la inocente, que era preciso arrojarlos.

Tenían aquellas voces esto de extraño, que no impedían que el edificio apareciese desierto. Era como un canto sobrenatural en una mansión inhabitada.

Mientras que cantaban aquellas voces, Juan Valjean no pensaba ya en nada. Ya no veía la noche, sino sólo un cielo azul. Parecía sentir como que se abrían y desplegaban esas alas que todos tenemos en nuestro interior.

Extinguióse el canto. Tal vez había él durado mucho tiempo. Juan Valjean no habría podido decirlo. Las horas del éxtasis nunca son sino un minuto.

El más completo silencio había vuelto á restablecerse. Nada se oía ya en la calle, nada en el jardín. Lo que amenazaba, lo que serenaba y tranquilizaba el alma, todo se había desvanecido. El viento azotaba en el caballete de la pared algunas yerbas secas formando un ruido débil y lúgubre.

VII

EL ENIGMA CONTINÚA

Habiase levantado ya el cierzo de la noche, lo cual indicaba que debía ser entre la una y las dos de la mañana. La pobre Coseta nada decia. Como permanecía sentada á su lado, y habia reclinado la cabeza sobre él, Juan Valjean creyó que se habria dormido. Bajó la cabeza, miró, y vió que tenía sus grandes ojos abiertos y estaba como pensativa y cavilosa. Esto afligió mucho á Juan Valjean.

La niña temblaba siempre.

— ¿Tienes sueño? la preguntó Juan Valjean.

— Tengo mucho frio, respondió Coseta.

Y un momento despues continuó diciendo :

— ¿Es que siempre está ahí?

— ¿Quién? dijo Valjean.

— La Thénardier.

Ya no se acordaba Juan Valjean del recurso al cual habia apelado para hacer que Coseta guardara silencio.

— ¡Ah! contetó él, ya se marchó. No tengas miedo ninguno.

La niña dió un gran suspiro, como si la levantaran un peso enorme de encima del pecho.

El suelo estaba húmedo, el cobertizo abierto por todos lados, el cierzo soplaba cada vez más frio. El buen hombre se quitó su levita y cubrió con ella á Coseta.

— ¿Tienes ya ménos frio, así arropada? la dijo.

— ¡Oh! sí, ¡padre!

— Pues bien, espérame un instante. Voy á volver en seguida.

Salió de aquella ruina, y se fué andando á lo largo del grande edificio, en busca de algun refugio ménos desabrigado. Halló algunas puertas, pero todas cerradas. Las ventanas del piso bajo tenían todas rejas.

Cuando hubo dejado atras el ángulo interior del edificio, observó que llegaba á unas ventanas cimbradas, al traves de las cuales distinguió alguna claridad. Se empinó sobre las puntas de sus piés y miró por una de aquellas ventanas. Todas ellas daban á una sala bastante vasta, enlosada con grandes baldosas, poblada de pilares y de arcadas, y donde nada se distinguia sino un débil resplandor y grandes sombras. La claridad provenia de una lamparilla que ardia en un rincon. Aquella sala estaba desierta, sin que nada se moviera en ella. Sin embargo, á fuerza de mirar, creyó distinguir en el suelo, sobre las baldosas, un objeto que presentaba como la forma humana, y que parecia cubierto con un sudario. Aquella figura estaba tendida de bruces, con la cara contra las losas, los brazos en cruz, y en la inmovilidad de la muerte. Por una especie de serpiente que yacia sobre el enlosado, diriase que aquella forma siniestra tenía la cuerda al cuello.

Toda la sala se hallaba inundada de esa bruma de los lugares apenas alumbrados, que aumenta aún el horror.

Juan Valjean ha dicho despues, muchas veces, que por más que durante su vida hubiera visto él espectáculos fúnebres, nunca habia presenciado nada más terrible ni que más helara la sangre que aquella figura enigmática cumpliendo no se sabe qué misterio desconocido en aquel lugar sombrío y entrevista así en medio de la noche tenebrosa. Era pavoroso el suponer que aquello pudiera estar muerto; y más espantoso aún el pensar que aquello fuera tal vez un sér viviente.

Tuvo él valer para fijar su frente contra la vidriera y observar con atencion si aquel objeto se removía. Por más que permaneció en aquella postura un tiempo que le pareció bastante largo, la forma tendida no hacía el menor movimiento. De repente sintióse sobrecogido de un espanto inexplicable y huyó de aquel sitio, corriendo hácia el cobertizo, sin atreverse á mirar hácia atras. Parecíale que si volvía la cabeza vería á la figura andar tras él á pasos acelerados y agitando los brazos.

Llegó á la ruina jadeando. Sus rodillas se plegaban; el sudor le corría á chorros por los riñones.

¿En dónde se hallaba? ¿quién habría podido nunca imaginarse nada que se asemejase á aquella especie de sepulcro en medio de París? ¿qué venía á ser aquella extraña mansion? ¡Edificio lleno de misterio nocturno, que llama á las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y, cuando se acercan á él, las ofrece bruscamente aquella espantosa vision, prometiendo abrir la puerta radiante del cielo y abriendo la puerta horrible de la tumba! ¡Y era aquello realmente un edificio, una casa que tenía su número en una calle! ¡No era aquello un sueño! Necesitaba él allí tocar las piedras para creer en ellas.

El frio, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le daban una verdadera fiebre, y todas aquellas ideas chocaban y luchaban en su cerebro.

Se acercó á Coseta, y la halló dormida.

VIII

EL ENIGMA REDOBLA

La niña había apoyado la cabeza sobre una piedra y se había dormido.

Él se sentó junto á ella y se puso á considerarla. Poco á poco, á medida que la miraba, se iba calmando, recordando la entera posesion de su libertad de espíritu.

Veía él claramente esta verdad, la cual constituía el fondo de su vida en lo sucesivo : que mientras que ella estuviese allí, mientras que él la tuviera á su lado, de nada necesitaria él sino para ella, nada temeria sino por ella. Ni siquiera se acordaba de que estaba helado de frio, habiéndose privado de su levita para arroparla.

Entre tanto, en medio de aquella especie de delirio en que habia él caído como postrado, oía, hacía ya algun tiempo, un ruido singular, semejante al sonido que hace un cascabel al agitarle. Este ruido estaba en el jardin.

Aunque débil, ofasele distintamente. Parecíase á la vaga é indescifrable música que hacen las esquilas de un rebaño cuando está paciendo por la noche.

Este ruido hizo volver la cabeza á Juan Valjean.

Miró al jardin, y vió que habia allí álguien.

Un objeto que parecia ser un hombre andaba entre las campanas de vidrio del melonar, levantándose, inclinándose, deteniéndose, haciendo algunos movimientos irregulares, como si arrastrara ó extendiera algo en el suelo. Aquel hombre parecia que cojeaba.

Juan Valjean se estremeció, con ese temblor continuo que acompaña á los desgraciados, para quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfian del dia, porque ayuda á verlos, y de la noche, porque ayuda á sorprenderlos. Poco ántes, se horripilaba porque el jardin estaba desierto, ahora se azoraba porque habia gente en él.

De los terrores quiméricos, pasó á los terrores positivos. Dijo para sí que tal vez Javert y sus espías no se habrian marchado de aquel sitio; que sin duda habian dejado en la calle apostadas gentes en observacion; que si aquel hombre le descubria en el jardin, gritaria al punto : ¡Ladrones! y le cogieran. Tomó en brazos y con el mayor cuidado á Coseta, dormida, y la trasladó detras de un monton de muebles viejos y fuera de uso que habia en el rincon más oculto del cobertizo. Coseta no se movió.

Desde allí se puso á observar las trazas y los movimientos de aquel sér que estaba en el melonar. Lo que hallaba él más raro, es que el ruido del cascabel seguia todos los movimientos de aquel hombre. Cuando el hombre se aproximaba, el ruido se aproximaba ; cuando aquel se alejaba, con él se alejaba tambien el sonido ; si hacia algun gesto precipitado, un sononete violento acompañaba aquel gesto ; cuando él se paraba, cesaba el ruido. Parecia evidente que el cascabel estaba adhe-

rido á aquel hombre ; pero entónces, ¿qué podía aquello significar? ¿qué hombre era aquel, que llevaba colgada una campanilla, como si fuera un buey ó un carnero?

Miéntras se dirigía á sí mismo estas preguntitas, tocó las manos de Coseta, y las halló heladas.

— ¡Oh Dios mío! dijo.

Y la llamó en voz baja.

— ¡Coseta!

La niña no abrió los ojos.

La sacudió vivamente.

No despertó, sin embargo.

— ¡Si estará muerta! dijo, y se incorporó temblando de piés á cabeza.

Las más tristes ideas se le agolpaban confusamente á la imaginacion. Hay momentos en la vida en que las suposiciones más horribles nos asedian como una bandada de furias, y como que fuerzan violentamente las membranas ó tabiques de nuestro cerebro. Cuando se trata de las personas á quienes amamos, nuestra prudencia inventa todo género de locuras. Recordó que el sueño puede ser mortal en una noche fría, al aire libre.

Pálida y desfigurada, Coseta habia caído en el suelo, á sus piés, sin hacer el menor movimiento.

Él se puso á escuchar su hálito; la niña respiraba, pero con una respiracion que le pareció débil y pronta á extinguirse.

¿Cómo darla el calor que necesitaba? ¿cómo despertarla? Todo lo que no fuera esto, se borró ya de su mente. Salió desalinado fuera de la ruina.

Era absolutamente preciso que ántes de un cuarto de hora Coseta se hallase á la lumbre, y que la acostaran en una cama.

IX

EL HOMBRE DEL CASCABE

Encaminóse derecho hácia el hombre á quien habia visto en el jardin, habiendo tomado ántes del bolsillo de su chaleco el rollo de monedas de plata que tenia en él y que llevaba ahora en la mano.

El hombre tenia la cabeza baja y no le veia venir. En pocos trancos, Juan Valjean llegó hasta él.

Acercósele Juan Valjean gritando :

— ¡Cien francos!

El hombre dió un vuelco hácia atras sobresaltado y levantó los ojos.

— ¡Cien francos le doy á usted á ganar, añadió Juan Valjean, si me da asilo por esta noche!

La luna alumbraba de lleno el rostro despavorido de Juan Valjean.

— ¡Cómo, es usted, tío Magdalena! díjole el hombre. Este nombre, así pronunciado, en aquellas horas, en medio de la oscuridad, en aquel lugar desconocido y por aquel hombre desconocido, hizo recular á Juan Valjean.

Todo lo esperaba él ménos aquella palabra. El que le hablaba de este modo era un anciano encorvado y cojo, vestido, con corta diferencia, como un labriego, que llevaba en la pierna izquierda una rodillera de cuero, de la cual pendía una campanilla bastante gruesa. No se le distinguía la cara, que estaba en la sombra.

Sin embargo, aquel buen hombre se quitó al momento su gorra, y exclamó todo temblando :

— ¡Ay Jesús! ¿cómo es que se halla usted aquí, tío Magdalena? Dios de mi vida, ¿por dónde habrá entrado este santo varon? ¡Es que ha caído usted del cielo! No lo extrañaría yo, pues si alguna vez cae usted, sólo de allí podrá caer. ¡Y en qué estado está usted! ¡Sin corbata, sin sombrero, sin levita! ¿Sabe usted que está capaz de dar miedo á todo el que no le conociera como yo? ¡Sin levita! Ay, Dios mio de mi alma, ¿es que los santos se vuelven ahora locos? ¿Pero cómo ha podido usted entrar aquí?

Las palabras del buen viejo se precipitaban como el agua de un torrente, sin que la una esperase á la otra. El pobre hombre así sorprendido, en aquel sitio y á aquellas horas, hablaba con una volubilidad enteramente campesina, pero sin mezclaren sus conceptos ningun sentimiento de inquietud. Todo aquello lo decía con una mezcla de estupefacción y de cándida sencillez.

— ¿Quién es usted? ¿y qué viene á ser esta casa? le preguntó Juan Valjean.

— ¡Pardiez! eso sí que tiene bemoles, exclamó el viejo, yo soy el mismo á quien usted ha hecho colocar aquí, y esta casa es la misma donde usted me hizo colocar. ¡Cómo! ¿conque no me conoce usted ya?

— No, dijo Juan Valjean. ¿Y cómo es que usted me conoce á mí?

— Como que usted me ha salvado la vida, contestó el hombre y, diciendo esto, se volvió cara á la luna, cuyos rayos iluminaron el perfil de su rostro : entónces Juan Valjean reconoció al viejo Fauchelevent.

— ¡Ah! dijo Juan Valjean, ¿es usted? sí, ya le conozco.

— ¡Al fin, tengo esa suerte! le repuso el anciano en tono de reproche.

— ¿Y qué hace usted aquí? añadió Juan Valjean.

— ¡Toma! estoy cubriendo mis melones.

El viejo Fauchelevent tenía en efecto en la mano, en el momento en que Valjean se le acercó, la punta de una estera de paja que él se ocupaba en extender sobre el melonar ; había extendido ya cierto número de ellas desde una hora que se hallaba en el jardín. Esta operación era la que le hacía ejecutar los movimientos particulares que desde el cobertizo había observado Juan Valjean.

Y continuó :

— Yo dije para mí : la luna está clara, conque va á helar. ¿Y si yo arrojara mis melones con su capote? ¡Pardiez! añadió mirando á Juan Valjean y dando una gran risotada, ¡usted debía haber hecho otro tanto! ¿pero cómo es que se halla usted aquí?

Viéndose conocido por aquel hombre, á lo ménos bajo el nombre de Magdalena, Juan Valjean no se atrevía á avanzar sino con precaucion ; y multiplicaba sin cesar sus preguntas. Cosa extraña, los papeles parecían aquí trocados. El, el intruso, era quien interrogaba.

— ¿Y qué significa esa campanilla que usted lleva colgada de la pierna?

— ¿Esto? respondió Fauchelevent, es para que huyan de mí.

— ¡Cómo! ¿para que huyan de usted?

El viejo Fauchelevent guiñó un ojo con un ademán inexplicable y dijo :

— ¡Ah diantres! es que en esta casa no hay más que mujeres; muchas jovencitas; y parece que yo sería peligroso de encontrar. La campanilla sirve para avisarlas. Cuando yo vengo, ellas se marchan.

— ¿Y qué casa es esta?

— ¡Toma! demasiado lo debe usted saber.

— No, yo no sé nada.

— ¡Pues si fué usted quien me hizo colocar aquí de jardinero!

— Respóndame usted como si yo nada supiera.

— ¡Bueno, pues le diré á usted que este es el convento del Petit-Picpus!

Juan Valjean iba refrescando su memoria. La casualidad, es decir, la Providencia, le habia lanzado precisamente á aquel convento del barrio de San Antonio donde el viejo Fauchelevent, estropeado por la caída de su carreta, habia sido admitido, por recomendacion suya, dos años ántes. Y Juan Valjean repitió como hablando consigo mismo :

— ¡El convento del Petit-Picpus!

— ¡Ah! pero vamos al hecho, que es lo que más me sorprende, repuso Fauchelevent, ¿cómo diablos se ha ingeniado usted para entrar aquí, tío Magdalena? por más que sea usted un santo, al fin y al cabo es un hombre, y aquí no entran hombres jamás.

— ¿Pero usted sin embargo se halla aquí?

— Nadie más que yo.

— No obstante, repuso Juan Valjean, es preciso que quede yo también.

— ¡Ave María purísima! exclamó como horrorizado Fauchelevent.

Juan Valjean se acercó al anciano y le dijo con voz grave :

— Tío Fauchelevent, yo le salvé á usted la vida.

— Y yo soy el primero que me he acordado de ello, respondió Fauchelevent.

— Pues bien, usted puede hacer hoy por mí lo que en otro tiempo hice yo por usted.

Fauchelevent tomó en sus manos viejas, arrugadas y temblorosas las manos robustas de Juan Valjean, y durante algunos segundos permaneció como si no pudiera hablar. Por último exclamó :

— ¡Oh, sería una bendición de Dios, si yo pudiera devolver á usted algo de aquello! ¡Yo, salvarle á usted la vida! señor alcalde, ¡disponga usted de este pobre viejo!

Hallábase el anciano como transfigurado por una alegría admirable. Su rostro parecia radiante de luz.

— ¿Qué quiere usted que yo haga en su servicio? añadió el buen hombre.

— Ya se lo explicaré. ¿Usted sin duda tiene un cuarto donde habita?

— Tengo una barraca aislada, allá, detras de las ruinas del convento viejo, en un rincon que nadie ve. Hay tres habitaciones.

Con efecto, la barraca se hallaba tan escondida detras de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Juan Valjean no habia reparado en ella.

— Bien, dijo Juan Valjean. Ahora, tengo que pedirle dos cosas.

— ¿Cuáles, señor alcalde?

— En primer lugar, que á nadie diga usted lo que sabe acerca de mi persona; y en segundo, que no procure indagar más de lo que ya sabe.

— Como usted quiera. Yo sé que usted nada puede hacer que no sea muy honrado, y que ha sido siempre un hombre bendito de Dios. Y además, usted fué quien me puso aquí. Esto es cosa de usted. Yo estoy á su disposicion.

— Convenido. Ahora, venga usted conmigo. Vamos en busca de la niña.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent. ¡Hay una niña!

Y sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

Mé dia hora no habia transcurrido aún, cuando Coseta, cuyas mejillas habian adquirido un hermoso color de rosa ante la llama de una buena lumbre, estaba durmiendo tranquilamente en la cama del viejo jardinero. Juan Valjean se habia puesto su corbata y su levita; tambien encontró y recogió el sombrero que en sus apuros habia arrojado por encima de la pared. Mié ntras que Juan Valjean se ponía su levita, Fauchelevent se quitó su rodillera de esquilon, y la colgó de un clavo, junto á una canasta, viniendo así á ser ahora un adorno en aquella pared. Los dos hombres se calentaban apoyándose en una mesa en que Fauchelevent habia puesto un pedazo de queso, pan bazo, una botella de vino y dos vasos, y el viejo decia á Juan Valjean poniéndole una mano sobre la rodilla :

— ¡Ah, tío Magdalena, no me reconoció usted en seguida! ¿salva usted la vida á las gentes, y las olvida despues? ¡Oh, eso no está bien, ellas se acuerdan de usted! usted es un ingrato!

X

DONDE SE EXPLICA CÓMO JAVERT PERDIÓ LA PISTA

Los acontecimientos cuyo reverso, digámoslo así, acabamos de ver, se habian verificado en las condiciones más sencillas y naturales.

Cuando, en la noche misma del dia en que Javert le prendió junto al lecho de muerte de Fantina, se escapó Juan Valjean de la cárcel municipal de M., la policia creyó desde lué go que el presidiario evadido habria debido dirigirse á París. París es un verdadero *malstroem*. un pozo airon, un laberinto donde todo se pierde y todo desaparece en esta profundidad del mundo como en la profundidad del pié lago. No hay selva que oculte tanto á un hombre como esta muchedumbre. Los fugitivos de toda especie saben esto muy bien, y van á París como á un tragadero, pues hay tragaderos que salvan, en vez de devorar. La policia tambien lo sabe, y por eso busca ella de ordinario en París lo